

Sobre la reproducción: Un contrapunto entre lo simbólico en Pierre Bourdieu y Ernesto Laclau*

Javier Pastor (FaHCE-UNLP)

javierpastor2003@hotmail.com

Introducción

Este trabajo pretende ser una primera aproximación atinente a interrogantes teóricos y epistemológicos respecto a la conceptualización de la producción y reproducción del orden social, con sus implicancias en torno las relaciones entre el conocimiento sociológico y lo político como un momento mismo de la teoría social y política, inscrito así en su *modus operandi*, condicionando por ende, lo que es en cada caso su producto cognoscitivo específico a la vez que sus eventuales consecuencias sociológicas y sociales. Es en este sentido que si pensamos la crítica como “el modo en que la práctica de producción de conocimiento científico impacta en lo político” imprimiéndole una particular orientación valorativa¹ debemos concomitantemente indagarnos por las lógicas bajo las cuales ese conocimiento sociológico construye sus problemas, se plantea sus preguntas y los modos legítimos de contestar(se)las, muy especialmente para aquellos problemas que por parecer más generales o en apariencia abstractos muchas veces conducen a presupuestos espurios con consecuencias teóricas y políticas bien concretas a la hora de llevar adelante nuestra singular *berüf* en general, así como respecto del modo en que pensamos y configuramos sociológicamente las problemáticas políticas, en particular.

Tal es el caso de la pregunta por el lugar de lo simbólico dentro de los procesos a través de los cuales una formación social produce su ordenamiento y las prácticas que lo actualizan. Pregunta que, si bien podemos considerar presente a lo largo de buena parte de la teoría social clásica, ha adquirido una pregnancia aún mayor a través de los desarrollos contemporáneos

*Esta ponencia ha sido realizada en el marco del proyecto de investigación “*La práctica de una sociología crítica de la cultura como problema. En torno al modus operandi de una crítica dialéctica a partir de M. Horkheimer, Th. W. Adorno y W. Benjamin*” (IdIHCS UNLP-CONICET)

¹ Gambarotta, Emiliano. *Hacia una teoría crítica reflexiva: Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2014. p313.

dentro de las teorías políticas posfundacionales y posmarxistas². Por ello hemos optado para este trabajo por llevar adelante una exploración respecto de los alcances, los supuestos, y los impactos de esta cuestión tal y como aparece modulada en la obra de dos autores contemporáneos en los cuales entendemos que constituye un recurso metodológico y epistemológico de primer orden para llevar adelante sus respectivas apuestas teóricas y políticas en torno las maneras de repensar la dominación social en conjunción con su crítica. Este es el caso de la teoría de la dominación simbólica dentro del marco más general del estructuralismo constructivista³ de Pierre Bourdieu, así como de la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau como expresión particularmente influyente del “campo posmarxista”⁴.

Con tales fines exploratorios, organizaremos nuestra argumentación en torno a dos momentos. En un primer apartado, daremos cuenta en forma sintética y, por motivos de extensión, necesariamente parcial de la concepción sustantiva acerca de lo simbólico y el rol que juega como dimensión o clave de análisis dentro de la propuesta teórica de uno y otro autor, prestando especial atención a la relación que queda allí establecida entre lo simbólico y la producción y reproducción del orden social, su específico ordenamiento, y eventual desordenamiento, esto es, con lo que podríamos caracterizar como la relación entre lo simbólico y lo político en un sentido amplio. En lo que constituirá la segunda sección del trabajo ensayaremos un primer ejercicio de crítica cruzada para indicar momentos de

² Warren Breckman ha elaborado una penetrante reconstrucción de la historia intelectual de lo simbólico en las teorizaciones sociológicas y políticas a partir de la modernidad, enfatizando su actual relevancia dentro del posestructuralismo. Cfr. Breckman, Warren *Adventures of the Symbolic: Post-Marxism and Radical Democracy*, Nueva York, Columbia university press, 2013.

Respecto de este último aspecto, considerando a lo simbólico en tanto que “código” y en tanto que “discurso”, véase Szabón, José. “La devaluación formalista de la historia”, en Adamovsky, E., (ed.), *Historia y sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2001; y Soage, Ana. “La escuela de Essex en su contexto teórico” en *CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación* (clac) N° 25, Universidad Complutense de Madrid, 2006; respectivamente.

³ Si bien numerosas veces el mismo Bourdieu se refiere a su teoría del espacio social como un “constructivismo estructuralista” o un “estructuralismo constructivista”, indistintamente, recomendamos el trabajo introductorio de Pablo Tovillas como un satisfactorio análisis panorámico del corpus bourdieano que a la vez ilustra sintéticamente tal caracterización. Cfr. Tovillas, Pablo. *Bourdieu. Una introducción*, Buenos Aires, Quadrata, 2010.

⁴ “Desde nuestra perspectiva, el posmarxismo, no constituye un paradigma teórico, no se trata de un conjunto de enunciados que responden a un mismo sistema de formación. Nos encontramos, sin embargo, frente a un conjunto de discursos en los que pueden leerse problemáticas abordadas desde una situación de enunciación común: la necesidad de construir fundamentos teóricos para una izquierda radical a la que se le alerta que abandone sus certezas doctrinarias.” Lüders, Thomas. “El fundamento negativo de lo político en la obra de Laclau, Badiou, y Žižek”, en *Cuadernos de H Ideas*, vol. 4, n°.4, diciembre 2010. pp1-2. Asimismo, cfr. Breckman, Warren. op.cit. p9.

complementariedad y de tensión entre los dos registros teóricos con el objetivo de, a su vez, iluminar recíprocamente sendas potencialidades así como posibles limitaciones de uno y otro⁵.

Para concluir con esta breve introducción, nos resulta necesario aclarar que los frutos provisorios que puedan obtenerse de estos ejercicios de análisis conceptual no tienen en esta instancia inicial mayores pretensiones que poder construir, delimitar, presentar, una serie de problemas y algunas hipótesis de trabajo en torno a los cuales creemos productiva una tarea de más largo aliento y esfuerzos aún mayores, por reconstruir los fundamentos teóricos y epistemológicos de una sociología de la subjetivación política que no pierda su potencial crítico y sobrerreflexivo⁶, que pueda servir como un marco analítico de futuras investigaciones en el campo de la sociología política.

El símbolo de una ruptura. Entre el espacio social y los nombres de Dios

En tanto uno de los rasgos salientes de la obra de Pierre Bourdieu es el carácter *relacional y disposicional* de sus categorías centrales⁷, lo simbólico como una dimensión clave del estudio de la realidad social no puede ser desvinculado de las preocupaciones más generales del autor por romper a través y a partir de sus investigaciones específicas con las diferentes antinomias artificiales del análisis sociológico (racional/espontáneo, subjetivo/objetivo, agencia/estructura, metodologías cualitativas/cuantitativas, monografía

⁵ En las intenciones originales de este trabajo, a estos dos momentos se agregaba un tercero que pudiera apuntar una serie de observaciones posibles hacia un intento de crítica inmanente de ambos autores, que buscara aprehender desde sus propias categorías el modo en que la misma conceptualización en torno a lo simbólico y su carácter estructurante del ordenamiento social revierte sobre sí en ambas teorías como una forma de tematizar el propio lugar de la práctica teórica dentro del cosmos social, su especificidad en tanto que tal, y su impacto en lo político. En vistas de la extensión y sistematicidad que hubiera merecido tal desarrollo para poder hacerle una mínima justicia, lo mantendremos como una propuesta a ser explorada en futuros esfuerzos estrechamente vinculados a y a partir del presente.

⁶ Adoptamos aquí el uso de la noción de *sobrerreflexividad* propuesto por Emiliano Gambarotta, a partir de Merleau Ponty, como una de las características centrales del “estilo” propio de una teoría crítica reflexiva por la que el autor aboga. Este término pretende ser un señalamiento acerca de “(...) un segundo giro reflexivo que critique *-desde la reflexión-* al procedimiento que permite esa reflexividad”, esto es, de la capacidad de acoger en y desde la propia lógica conceptual una interrogación por “los fundamentos de la perspectiva que pretende realizar la crítica de la cosificación” y sus límites, con el momento de “cortocircuito reflexivo”, de reconocimiento de la opacidad epistémica que conlleva necesariamente. *Cfr.* Gambarotta, Emiliano. op.cit. pp159-165. (lo agregado en cursivas es nuestro).

⁷ Bourdieu, Pierre. *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 2002. pp7-8.

ideográfica/teoría vacía)⁸. Es así, que su teoría del espacio social, lo simbólico es la instancia de conocimiento y reconocimiento práctico de lo social inscrito en las cosas y en los cuerpos. Por ello es que en tanto que tal, el capital simbólico no ocupa el mismo estatuto conceptual que las otras especies de capital⁹ (económico, cultural, social, político) sino que se trata de “efectos simbólicos de capital” de la misma posibilidad de un capital de actuar como tal a través de su transfiguración y eufemización, y, por tanto, serlo¹⁰. De esta manera, el orden social en tanto que producto de relaciones conocida y reconocida, estructurado por los principios estructurantes-estructurados, de los habitus como esquemas generadores en la medida que reproductores de los principios de visión y división de un campo dado, y las relaciones al interior de los campos y entre ellos, está para Bourdieu simbólicamente mediado en forma constitutiva, a la vez que diferencialmente según cada campo.

Para que la afirmación anterior alcance su peso específico es necesario aclarar la manera en que la misma le permite a Bourdieu distanciarse tanto de un marxismo economicista y sustancialista, como de un estructuralismo deshistorizante y puramente formal; a la vez que tal distanciamiento representa una radicalización de los principios relacionales inscritos en ambas teorías, y no una entronización de un “sujeto” creador autoconsciente. Respecto del marxismo este alejamiento se dará según el autor respecto de tres puntos centrales, como “ruptura con la tendencia a privilegiar las sustancias -en este caso, los grupos reales cuyo número y cuyos límites, miembros, etcétera, se pretende definir- en detrimento de las relaciones y con la ilusión intelectualista que lleva a considerar la clase teórica, construida científicamente, como una clase real, un grupo efectivamente movilizado; ruptura con el economicismo que lleva a reducir el campo social -espacio pluridimensional- al campo meramente económico, a las relaciones de producción económica, constituidas de ese modo en coordenadas de la posición social; ruptura, por último, con el objetivismo, que corre parejo con el intelectualismo y lleva a ignorar las luchas simbólicas cuyo lugar son los diferentes campos y su disputa la representación misma del mundo social y en particular la jerarquía en el interior de cada uno de

⁸ Cfr. Tovillas, Pablo. op.cit. pp14-24;y Bourdieu, Pierre. “Espacio social y poder simbólico”, en *Cosas Dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996. pp127-128.

⁹ Para la reconceptualización de la categoría de “capital” en torno a la teoría del espacio social, cfr. Bourdieu, Pierre. “Espacio social y génesis de las clases”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990. p282.

¹⁰ Ibíd. p283; cfr. Bourdieu, Pierre. op.cit. 2002. p173.

los campos y entre los diferentes campos”¹¹. Por otra parte, la alternativa estructuralista tal y como él la concibe en la antropología estructural de Claude Lévi-Strauss tampoco provee una solución a los problemas del sustancialismo, teoricismo, y objetivismo, marxistas, ya que en última instancia solo les reproduce sobre otra unidad de análisis sincrónica (el lenguaje, los sistemas simbólicos como conjuntos cerrados, las estructuras de parentesco) sin dar cuenta teóricamente ni de su dinámica social interna, su historicidad, su génesis en tanto que producto de las prácticas de las que ella es a la vez condición de posibilidad, ni de la distancia entre el sentido vivido y el sentido objetivo, ignorando lo que para Bourdieu implica la doble existencia de lo social, introduciendo así en el objeto la relación intelectual con el objeto, “de sustituir la relación práctica con la práctica por la relación que el observador mantiene con su objeto”¹².

Este es el terreno epistemológico a partir del cual se despliega su concepción de la dominación simbólica como producción de los esquemas *dóxicos* a la vez que de la misma *nomos* de cada campo¹³. Producción que puede orientarse a la reproducción o a la subversión simbólica dependiendo de las estrategias de los agentes involucrados. Estrategias y capacidades de impacto sobre la distribución de las posiciones y disposiciones sociales que no surgen de un vacío o de un puro voluntarismo sino que también se encuentran asimismo condicionadas por la historia interna de ese campo¹⁴. La dominación simbólica aquí es entendida como “la lógica de la dominación ejercida en nombre de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado, un idioma (o una manera de modularlo), un estilo de vida (o una manera de pensar, de hablar o de comportarse)”¹⁵. Tal principio simbólico no tiene una necesidad lógica respecto su forma o contenido, si bien debe reconocerse a un tiempo su carácter de arbitrario cultural, y, simultáneamente, su necesidad socio-lógica¹⁶. Por otra parte, resulta igualmente indicativo de la materialidad de lo simbólico para Bourdieu su llamado a evitar la “distinción ingenua” entre una materialidad muda y un simbolismo sin efectos reales. En su opinión, tal oposición, que es al igual que para el Marx de

¹¹ Bourdieu, Pierre. op.cit. 1990(a) p281; Bourdieu, Pierre. *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. op.cit. p23.

¹² Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007(a). p62.

¹³ Cfr. Bourdieu, Pierre. op.cit. 2002 p174; y Bourdieu, Pierre. *El campo político*, La Paz, Plural editores, 2001. pp18-19.

¹⁴ Cfr. Bourdieu, Pierre. "Algunas propiedades de los campos", en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990. pp140-141; y Bourdieu, Pierre. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2008. p100.

¹⁵ Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000. pp11-12.

¹⁶ Sobre este último punto, cfr. Bourdieu, Pierre. op.cit. 2002. pp15-16.

las tesis sobre Feuerbach¹⁷, propia de un materialismo primario, es “lo que la teoría materialista de la economía de los bienes simbólicos, que intento elaborar desde hace muchos años, tiende a destruir, dejando que ocupe su espacio teórico la objetividad de la experiencia subjetiva de las relaciones de dominación”¹⁸. De esta manera, la eficacia simbólica para prescribir principios de visión y división, naturalizándolos a través de un trabajo histórico de eternización, o ponerlos en entredicho, buscando generar una recuperando la anamnesis de su origen como constantes ocultas, se torna efectividad material para disponer y reconfigurar las prácticas que son generativas de un determinado ordenamiento de lo social.

Ahora bien, esta capacidad de “hacer cosas con palabras”, este horizonte performativo de lo simbólico como la capacidad de actuar sobre el mundo social actuando sobre las representaciones que de él se tienen, produciendo, en última instancia, “las representaciones que corporeizan a los grupos sociales como tales, sus relaciones, y les hacen visibles para los demás”¹⁹ está siempre anclado, limitado a la vez que posibilitado, por la relación dialéctica que establece con lo que sería lo representado a lo que a la vez media, significándolo prácticamente, así inscrito doblemente en y por lo simbólico. Lo cual hace que un trabajo – sociológico- de objetivación y desmitificación racionalmente guiado sobre tales adhesiones *dóxicas* sea posible como tal. En palabras del mismo Bourdieu “Los sistemas simbólicos deben su fuerza propia al hecho de que las relaciones de fuerza que allí se expresan no se manifiestan sino bajo la forma irreconocible de relaciones de sentido (desplazamiento). El poder simbólico como poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo, por lo tanto el mundo; poder casi mágico que permite obtener el equivalente de lo que es obtenido por la fuerza (física o económica), gracias al efecto específico de movilización, no se ejerce sino él es reconocido, es decir, desconocido como arbitrario. Esto significa que el poder simbólico no reside en los ‘sistemas simbólicos’ bajo la firma de una ‘illocutionary force’, sino que se define en y por una relación determinada entre los que ejercen el poder y los que los sufren, es decir, en la estructura misma del campo donde se produce y se reproduce la creencia. Lo que hace el poder de las palabras y las palabras de orden, poder de mantener el orden o de subvertirlo, es la creencia en la legitimidad

¹⁷ Marx, Karl. “ad Feuerbach”, en *Ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*, Buenos Aires, Losada, 2010. p13.

¹⁸ Bourdieu, Pierre. op.cit. 2000. p50.

¹⁹ Bourdieu, Pierre. op.cit. 2008. p96.

de las palabras y de quien las pronuncia, creencia cuya producción no es competencia de las palabras”²⁰.

Veremos que en el caso de la teoría posmarxista de Ernesto Laclau, la cuestión adquirirá otra relevancia, ya que su concepción de lo simbólico, de herencia lacaniana²¹, condicionará el tratamiento del mismo, al situarlo como el momento radicalmente constitutivo de lo social por antonomasia, al igualarlo a lo que Laclau llamará “el campo de la discursividad” como juego infinito de las diferencias²². El terreno de la eficacia simbólica se traslada entonces al interior mismo de esta concepción ampliada de “discurso” funcionando como la capacidad misma de fijar el sentido de cada elemento discursivo, dominando parcialmente su inerradicable indecibilidad (que corresponde al terreno del Real lacaniano que fuerza una simbolización que es ex-definitione inconmensurable con él)²³. Así, si en Bourdieu vimos que la necesidad sociológica de dominación simbólica era la actualización-expresión transfigurada–mediada de una relación de fuerzas al interior de un campo, aquí la necesidad de la fijación hegemónica²⁴ del sentido a través de la institución a priori arbitraria de puntos nodales que funcionen como significantes tendencialmente vacíos estará dada por una necesidad ontológica que, como tal, excede a cualquier formación social históricamente específica (óptica) que será, en sí misma, siempre un intento fallido de totalización²⁵. Cualquier alternativa a hegemonizar así lo social se vuelve aporética para Laclau ya que recaería en dos extremos igualmente imposibles, pues “(...) esa dimensión de cierre es algo que, en la realidad está ausente -si estuviera, en la última instancia, presente, habría revelación en lugar de proyección y ningún ocultamiento estaría implicado-. En tal caso, de lo que se trata es de la presencia de una ausencia, y la operación ideológica por excelencia consiste en atribuir esa imposible función de cierre a un contenido particular que es radicalmente inconmensurable con ella. En otras palabras: la operación de cierre es imposible pero al mismo tiempo necesaria; imposible en razón de la dislocación

²⁰ Bourdieu, Pierre. “Sobre el poder simbólico”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2007(b). pp71-72.

²¹ Cfr. Lüders, Thomas. op.cit. pp16-17.

²² Laclau, Ernesto. “La imposibilidad de la sociedad”, en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000. p104.

²³ Cfr. Laclau, Ernesto. “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996. pp74-76.

²⁴ “(...) la relación equivalencia/diferencia no está intrínsecamente ligada a ningún contenido diferencial particular. Esta relación por la que un contenido particular pasa a ser el significante de la plenitud comunitaria ausente, es exactamente lo que llamamos *relación hegemónica*. La presencia de significantes vacíos(...)es la condición misma de la hegemonía”. Ibíd.p82.

²⁵ Laclau, Ernesto. op.cit. 2000 p105. Cfr. Laclau, Ernesto. “Poder y representación”, en *Sociedad* N°4, mayo 1994, Buenos Aires, Fsoc, UBA. pp10-11.

constitutiva que está en la base de todo arreglo estructural; necesaria porque sin esa fijación ficticia del sentido no habría sentido en absoluto"²⁶, por lo mismo, “Esta ilusión de cierre puede ser negociada en varias direcciones, pero nunca eliminada. La ideología es una dimensión que pertenece a toda experiencia posible”²⁷.

Para Laclau entonces no hay objetividad posible por fuera de una articulación simbólica (discursiva) contingente que constituye así el terreno mismo de producción de la objetividad como tal. Es precisamente la lucha simbólica por la definición “objetiva” de la imposible sociedad lo que hace a la dimensión política del discurso en la medida que determinadas articulaciones de sentido se disputan la hegemonía por la representación-construcción de lo social, por presentar como sentido fijado necesariamente aquello que es contingente y producto del litigio por su institución y universalización siempre inestable. Inestable ya que su propia institución requiere de un límite, un exterior constitutivo, que simboliza la dislocación de ese orden como tal a la vez que, paradójicamente, lo dota de sentido, pues “solo hay sistema en la medida en que hay exclusión radical, esta división o ambivalencia es constitutiva de toda identidad sistémica. Es sólo en la medida en que hay la imposibilidad radical de un sistema que sea pura presencia, que esté por encima de todas las exclusiones, que los *sistemas* factuales pueden existir. Ahora bien, si la sistematicidad del sistema es un resultado directo del límite excluyente, es sólo esta exclusión la que funda al sistema como tal (...) el sistema no puede tener un fundamento positivo (...) tampoco puede significarse a sí mismo en términos de ningún significado positivo”²⁸. Esta relación, invariante en su estructura, será la que quedará caracterizada bajo el término de *antagonismo*, operando un papel central, aunque por momentos equívoco, en el resto de la teoría política de Laclau²⁹.

Completaremos esta constelación conceptual en torno a lo simbólico en la teoría posmarxista, remitiéndonos a un aspecto más, que nos ayudará en la próxima sección a elaborar un contrapunto potente con la propuesta Bourdieana. La lógica articuladora de lo simbólico como “realidad” en el sentido lacaniano, requiere llegado este punto que nada sea

²⁶ Laclau, Ernesto. “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología”, en *Misticismo, retórica, y política*, Buenos Aires, FCE, 2002. p19.

²⁷ *Ibid.* p36.

²⁸ Laclau, Ernesto. *op.cit.* 1996. p73.

²⁹ *Cfr.* Retamozo, Martín; y Stoessel, Soledad. “El concepto de antagonismo en la teoría política contemporánea”. en *Estudios Políticos*, 44, enero-junio 2014, Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp13-34.

decible acerca de la sociedad con anterioridad a cualquier intervención hegemónica discursiva de la cual siempre es decible su carácter imperfecto y ficticio, solo así las mismas podrían ser plenamente contingentes (porque se originan desde un vacío cuya determinidad es siempre captada retroactivamente³⁰) a la vez que constitutivas “en tanto instituyen relaciones sociales en un sentido primario, *sin depender de ninguna racionalidad social a priori*.”³¹. Si bien la flotación de cada elemento siempre existe posibilitada-limitada por el muy “real” conjunto de discursos históricos sedimentados diacrónicamente³², a la vez que sincrónicamente por los sentidos particulares de cada significante flotante que eslabonan la cadena equivalencial³³, la misma requiere, porque es una consecuencia de sus propias premisas teóricas, de una “indecidibilidad radical que debe ser permanentemente superada mediante actos decisivos”³⁴. En cualquier otro caso, la distorsión producida por la articulación equivalencial no sería realmente constitutiva y se presupondría un punto fijo incondicionado dentro del sistema diferencial; motivo este que fuera el punto de partida lógico de la crítica al marxismo estructuralista³⁵. Así entonces, por ejemplo, “En lo que hace a las demandas particulares nada anticipa, en sus contenidos aislados, el modo en que se van a articular diferencial o equivalencialmente -lo cual dependerá del contexto³⁶- y *nada* anticipa tampoco (en el caso de las equivalencias) la extensión y la composición de las cadenas en las cuales participan”³⁷. Esta indeterminación estructural es lo que orienta luego a la tematización de la construcción simbólica en lo político por una pregunta que no puede rebasar en y para su crítica los principios formales de constitución de una práctica articulante como los únicos autorizados a decidir, desde el punto de vista del teórico, sobre el carácter “popular” o “democrático” de una demanda o de un sujeto³⁸. Por ello es tanto que en el terreno ontológico todas las apuestas por encarnar esa “plenitud comunitaria ausente” en nombre de un sujeto universal son a priori igualmente válidas, a partir de ello la misma idea de “una representación perfecta implica una

³⁰ Para un desarrollo en detalle del argumento, véase Laclau, Ernesto op.cit.2002. pp16-21

³¹ Laclau, Ernesto. op.cit. 1994. p11. (las cursivas son nuestras)

³² *Ibid* p8.

³³ Laclau, Ernesto. op.cit.2002. p55.

³⁴ Laclau, Ernesto. op.cit. 1994. p12

³⁵ *Cfr* Laclau, Ernesto op.cit. 2000

³⁶ Contexto que, a su vez, también es, bajo este registro analítico, objeto de una pugna hegemónica en lo que hace a su misma descripción-prescripción.

³⁷ Laclau, Ernesto “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”, en, Panizza, F. (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2009. p61 (las cursivas son nuestras). Asimismo, véase también, Laclau, Ernesto. y Mouffe, Chantal.

Hegemonía y estrategia socialista, Buenos Aires, FCE, 2006. p182

³⁸ Laclau, Ernesto. op.cit. 2009 p52 y p56.

imposibilidad lógica” ya que la misma es “el nombre con que se designa un juego indecible, que organiza una variedad de relaciones sociales, pero cuyas operaciones no pueden fijarse en un mecanismo racionalmente comprensible y unívoco.”³⁹, por lo cual tampoco podríamos hablar de “representaciones parciales” en la medida que “si la contingencia radical ha ocupado el terreno del cimiento, todo significado social será una construcción social y no un reflejo intelectual de lo que son las “cosas-en-sí”. La consecuencia es que en esta ‘guerra de interpretaciones’, el poder, lejos de ser meramente aparente, pasa a ser constitutivo de la objetividad social”⁴⁰. La política, como la capacidad de dominar simbólicamente lo Real, es entonces ni superestructura, ni campo político, sino “una ontología de lo social”, lo social ya solo se vuelve pensable como las “formas sedimentadas de un poder que ha borrado las huellas de su propia contingencia”⁴¹.

Llegado este punto, no parece casual el uso de los ejemplos religiosos de “los nombres de Dios” como analogía privilegiada para ilustrar esta lógica “imposible pero necesaria” (un verdadero hiato óntico-ontológico) por la cual discursivamente debemos representar algo que es el alfa y el omega de todo sentido, pero que a la vez, solo adviene a través de su “distorsión encarnante” (un noúmeno pero de signo negativo, una certeza de la ausencia de fundamentos, un vacío en lo Real) en un sentido particular que busca sintetizar todo el sistema simbólico, que, una vez más, equivalencialmente, podría ser cualquier otro⁴². Su traducción al terreno del análisis sociopolítico a través de la reapropiación crítica del concepto de hegemonía y de los trabajos sorelianos no hace más que destacar la inerradicabilidad de esta dimensión “mítica”⁴³ más no impugnarla (porque, tal como hemos visto, ese sería, *ex-definitione*, una de las variables del gesto ideológico por excelencia) Lo simbólico como coextensivo de la realidad social en sí misma (en tanto todo lo que es, es siendo significado)⁴⁴ adquiere en esta perspectiva una radicalidad que solo puede correr pareja con su elevación a un estatuto constitutivo de toda experiencia posible, así, la categoría misma trascendería toda historicidad al ser postulada como una de las condiciones para un verdadero “historicismo radical”.

³⁹ Laclau, Ernesto. op.cit. 1994 p18

⁴⁰ Ibíd pp22-23

⁴¹ Ídem.

⁴² Laclau, Ernesto. op.cit. 2002. pp36-43.

⁴³ Contingente, de horizontes metafísicos, afectiva, del deseo, como un momento fundamental en la constitución siempre política (hegemónica) de las voluntades colectivas y su movilización.

⁴⁴ Al respecto, *Cfr.* Laclau, Ernesto. y Mouffe, Chantal. op.cit. p108.

Contrapuntos. Entre la materialidad de los bienes simbólicos y lo simbólico en la materialidad

En las páginas que restan nos dedicaremos a plantear un primer contrapunto entre ambas tematizaciones, preguntándonos por afinidades y críticas recíprocas posibles, pudiendo, en el mejor de los casos, movilizar las categorías de una contra las de la otra para pensar, en y a través de su uso crítico, sus propias potencialidades así como limitaciones, con la intención de poder así construir una serie de temas-problemas de futuras indagaciones. A tal fin, estructuraremos la confrontación en torno a tres dimensiones de la cuestión que, ligadas entre sí, de manera más o menos abierta han aparecido en ambas caracterizaciones. Estas dimensiones vendrán dadas por: el estatuto analítico de lo simbólico dentro de la teoría; el vínculo de lo simbólico respecto de las prácticas sociales que lo articulan; y, por último, la capacidad crítica de un trabajo simbólico en lo político.

En ambas construcciones notamos una necesidad por redefinir el lugar teórico de lo simbólico a partir de una discusión con la teoría social marxista, por emanciparlo de su topos superestructural en pos de, en un esfuerzo por proseguir dialectizando las categorías, poder dar cuenta de la materialidad por él mediada⁴⁵. Especialmente respecto de sus implicancias para dos aspectos que aún no hemos tratado manifiestamente, el del campo de constitución de las clases sociales como clave analítica indispensable para una lectura sociológicamente pertinente de lo político y su estructuración, por un lado, y, por otro, aunque concatenadamente, su impacto respecto de la crítica de la ideología como programa de intervención teórica en lo político a través de lo simbólico y su desmitificación. Sucederá que, sin embargo, aparentemente guiados por objeciones similares, los *modus operandi* de uno y otro autor para dar respuesta a tales inquietudes y sus correspondientes puntos de llegada serán lo suficientemente distintos como para contraponerles. En Bourdieu lo simbólico ocupa un lugar heurístico en estrecha vinculación con su importancia relativa respecto de la conformación empírica del sentido práctico según los

⁴⁵ Inquietud en la que también es dable insertar una parte de la producción de Louis Althusser, interlocutor más o menos privilegiado de nuestros autores. Cfr. Althusser, Louis. "Contradicción y sobredeterminación (Notas para una investigación)" en *La revolución teórica de Marx*, Mexico.D.F., Siglo XXI, 1988.

campos. Como una dimensión de conocimiento y reconocimiento presente en todas las relaciones humanas, lo simbólico hace a su “expresión” en la práctica, más que a una instancia estructuralmente constitutiva per sé. Esto quedará más claramente ilustrado en las investigaciones específicas de Bourdieu sobre algunos de los campos donde los efectos simbólicos de capital adquieren mayor primacía generativa a raíz de su génesis sociohistóricamente determinada y su locación estructural, como el artístico, el académico, o el religioso. De ello resulta que la categoría de ideología, no sea sustancialmente transformada en su lógica *dóxica* de “apariencia socialmente necesaria” funcional a la reproducción del orden social naturalizado, sino aprehendida densamente como constitutiva de las prácticas y no al nivel de las representaciones puras de conocimiento o desconocimiento consciente. En lo atinente a las clases prácticas, políticamente efectivas, “en sí - para sí”, esto implica que la eficacia simbólica será mucho más probable, mucho más eficaz, “en la medida que estas visiones del mundo se apoyen ellas mismas en la realidad⁴⁶” apoyando así la idea de que “la nominación puede ejercer un efecto teórico(...) cuando está *bien fundado en la realidad*⁴⁷”, que “las palabras pueden construir las cosas y, ensamblando en la simbolización objetivizada del grupo que designan, pueden, aunque sólo sea por un tiempo, hacer existir como grupos a colectivos que *ya existían*, aunque sólo en un estado potencial⁴⁸” y que, por ende, objetivamente “**no se puede juntar a cualquiera con cualquiera** ignorando las diferencias fundamentales, en particular las económicas y culturales: pero no significa excluir la posibilidad de organizar a los agentes según otros principios de división”⁴⁹. Las consideraciones anteriores serían anatema para Laclau, no tendrían sentido, ya que su ontologización de lo simbólico hace que cualquier forma de “sobredeterminación” por parte lo extrasimbólico de su estatuto una especie de negación protohegeliana de su carácter contingente y constitutivo, al mismo tiempo que le lleva a redefinir la función ideológica como una dimensión formalmente intrínseca a toda experiencia posible, bajo la cual todo intento de “desmitificación” no tendría donde asentarse más que en una consideración estrictamente formal de la articulación de una cadena equivalencial más no una crítica de sus contenidos⁵⁰ o su impacto sociohistórico, no al menos realizada desde el terreno mismo de la teoría de la hegemonía. Por ello “a priori”

⁴⁶ Bourdieu, Pierre “¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos”, en *Poder, derecho, y clases sociales* (comp.), Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000(b) p127.

⁴⁷ *Ibid.* p128 (las cursivas son nuestras)

⁴⁸ *Ídem.*

⁴⁹ Bourdieu, Pierre. *op.cit.* 1990(a) p286. (las negritas son nuestras)

⁵⁰ Laclau *op.cit.* 2002. pp.12-14.

toda demanda es tan buena como cualquier otra para concitar en torno así la formación de un sujeto popular o democrático y por ello es que lo político como ontología social constituye a la clase prácticamente pero a partir de un trasfondo asimismo solo condicionado discursivamente. Podríamos decir, y esto es solo una hipótesis, que si en el caso de Bourdieu, lo que le distancia del materialismo histórico “clásico” es su insistir en el carácter relacional de su dialéctica; para Laclau la apuesta pasa por extremar ese mismo carácter para quebrarla, con el riesgo deshistorizante que la separación axiomática entre la esfera óptica y la ontológica encierra.⁵¹

La cuestión que lógicamente se deriva a continuación es que entonces el vínculo entre lo simbólico *en* las prácticas se ve impactado por tales consideraciones. Con Bourdieu podríamos decir que el enfoque posestructuralista de Laclau no es lo suficientemente “post” al seguir cayendo en el vicio estructuralista por antonomasia: confundir “las cosas de la lógica con la lógica de las cosas” al negar lo simbólico práctico, el sentido vivido, en función de un tratamiento que privilegia en sus categorías el punto de vista del teórico como la relación significativa misma, al menos en su estructura formal⁵². Mientras que con Laclau, contra Bourdieu, creemos autorizada la pregunta respecto de cuánto impacta realmente lo simbólico en un sentido práctico del que el *habitus en el fondo*, para Laclau, acabaría por retraducir simbólicamente, expresándoles, los constreñimientos estructurales de cada campo como materialidad “en sí” pura, al menos en tanto que momento de la “primera ruptura”⁵³ del análisis sociológico; negando lo constitutivo de lo simbólico como su propio criterio de legitimidad. De este modo podríamos contraponer una concepción de lo simbólico como mediación constitutiva y determinada en última instancia a una que hace de la dimensión simbólica una ontología ella misma incondicionada (condicionada por el puro esencialismo negativo de lo Real), e incondicionadamente performativa, o, lo que es lo mismo, solo condicionada por ella misma, intra-discursivamente, respecto de “los límites del flotamiento”⁵⁴.

⁵¹Una exploración de las más que problemáticas implicancias de dicha operación teórica puede verse en la separación entre historicismo radical vs. historicidad (dialéctica) trabajada en Žižek, Slavoj, “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!”, en Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S., *Contingencia, hegemonía y universalidad*, Buenos Aires, FCE, 2011. Asimismo, y de manera anticipatoria, en las discusiones de Theodor W. Adorno con la ontología negativa heideggeriana, hallables en Adorno, Theodor. “Actualidad de la filosofía” en *Actualidad de la filosofía*, Barcelona, Editorial Paidós, 1991.

⁵² Aquí nos hacemos eco de las similares objeciones que respecto este punto realizara Gambarotta en torno a consideraciones más exhaustivas de la teoría Laclausiana y su impacto en la práctica crítica. *Cfr.* Gambarotta, Emiliano. *op.cit.* pp269-270.

⁵³ *Cfr.* Bourdieu, Pierre. *op.cit.*1990(a) pp282-285 y *op.cit.*1996 pp129-133

⁵⁴ *Cfr.* supra. p9.

Querríamos concluir confrontando ambas perspectivas respecto del modo en que entonces conciben los alcances de un trabajo simbólico en lo político. En este caso difícilmente podríamos negar las afinidades sobre la renovada importancia que el trabajo de construcción de sentido y de disputa hegemónica (aún en su original formulación gramsciana) adquiere en ambos autores. En Bourdieu, en el campo político, “los principios de división no tienen nada de gratuito. Son constitutivos de grupos y por tanto de fuerzas sociales. (...) Si el principio de división que propongo es reconocido por todos, si mi *nomos* se convierte en el *nomos* universal, si todo el mundo ve el mundo como yo lo veo, yo tendría entonces tras de mí toda la fuerza de las personas que comparten mi visión”⁵⁵, así entonces “Lo que llamamos luchas de clases son de hecho luchas de clasificación. Cambiar estos principios de clasificación no es simplemente realizar un acto intelectual, es también realizar un acto político en la medida en que los principios de clasificación hacen clases que son movilizables”⁵⁶ para la lucha política. Parafraseando, en este sentido es que para Bourdieu esa disputa simbólica por las categorías “con las que un grupo se piensa y según las cuales se representa su propia realidad, significándola prácticamente, *contribuyen* a la realidad de ese grupo”, construyendo a su vez las luchas que constituyen la historia del mundo social a partir de la cual esas mismas categorías derivan su eficacia simbólica en la medida que “se funden en las propiedades así objetivadas e incorporadas”⁵⁷. La teoría de la hegemonía de Laclau supone un esfuerzo similar de enfatizar el carácter constitutivo de la articulación política respecto de las identidades que la misma “representa” haciendo aparecer, suturándolas simbólicamente, en y a través de ese mismo acto, y por lo cual se vuelve determinante en sí misma la disputa en torno al signo de los significantes vacíos y la fijación equivalencial por trazar fronteras que son siempre inestables y sujetas a intentos de “contra-hegemonía”⁵⁸; aunque ya no pueda estrictamente responder desde su propio aparato conceptual respecto de la eficacia diferencial de una u otra sin remitirse a un infinito “*case-by-case*”. Creemos más bien que las diferencias de fondo estriban en el cómo está siendo pensada la misma teoría en tanto que una intervención simbólica en lo político, y, sobre todo, las categorías de las que disponen o carecen para llevar adelante un

⁵⁵ Bourdieu, Pierre. op.cit. 2001 pp18-19

⁵⁶ *Ibíd.* p22.

⁵⁷ Bourdieu, Pierre. op.cit.2008 p102.(las cursivas son nuestras)

⁵⁸ *Cfr.* Laclau, Ernesto. op.cit. 1994.

ejercicio sobrerreflexivo; hipótesis esta de la que buscaremos poder dar cuenta en subsiguientes investigaciones.

Bibliografía

- _ Adorno, T.W., “Actualidad de la filosofía” en *Actualidad de la filosofía*, Barcelona, Editorial Paidós, 1991.
- _ Althusser, L., *La revolución teórica de Marx*, Mexico.D.F., Siglo XXI, 1988.
- _ Bourdieu, P., “Espacio social y génesis de las clases”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990(a).
- _ Bourdieu, P., "Algunas propiedades de los campos", en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990(b).
- _ Bourdieu, P., “Espacio social y poder simbólico” en *Cosas Dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- _ Bourdieu, P., *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000(a).
- _ Bourdieu, P., “¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos”, en *Poder, derecho, y clases sociales* (comp.), Bilbao, Desclée de Brouwer, 2000(b).
- _ Bourdieu, P., *El campo político*, La Paz, Plural editores, 2001.
- _ Bourdieu, P., *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- _ Bourdieu, P., *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007(a).
- _ Bourdieu, P., “Sobre el poder simbólico”, en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2007(b).
- _ Bourdieu, P., *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2008.
- _ Bourdieu, P., “Capital simbólico y clases sociales”, en *Revista Herramienta* N°52, Buenos Aires, junio 2013. Recuperado de <http://www.herramienta.com.ar/print/revista-herramienta-n-52/capital-simbolico-y-clases-sociales>
- _ Breckman, W., *Adventures of the Symbolic: Post-Marxism and Radical Democracy*, Nueva York, Columbia university press, 2013.

- _ Gambarotta, E., *Hacia una teoría crítica reflexiva: Max Horkheimer, Theodor W. Adorno y Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2014.
- _ Laclau, E., “Poder y representación”, en *Sociedad* N°4, mayo 1994, Buenos Aires, Fsoc, UBA. pp5-23
- _ Laclau, E., “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- _ Laclau, E., “La imposibilidad de la sociedad”, en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
- _ Laclau, E., “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología”, en *Misticismo, retórica, y política*, Buenos Aires, FCE, 2002.
- _ Laclau, E. y Mouffe, Ch., *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- _ Laclau, E., “Populismo: ¿qué nos dice el nombre?”, en Panizza, F. (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2009.
- _ Laclau, E., “Antagonismo, subjetividad y política” en *Debates y combates* N°3, junio-julio, 2012, Buenos Aires, FCE.
- _ Lüders, T., “El fundamento negativo de lo político en la obra de Laclau, Badiou, y Žižek”, en *Cuadernos de H Ideas*, vol. 4, n°4, diciembre 2010. Recuperado de <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1406>
- _ Marx, K., *La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*, Buenos Aires, Losada, 2010.
- _ Retamozo, M. y Stoessel, S. “El concepto de antagonismo en la teoría política contemporánea”. en *Estudios Políticos*, 44, enero-junio 2014, Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp13-34.
- _ Sazbón, J., “La devaluación formalista de la historia”, en Adamovsky, E., (ed.), *Historia y sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2001.
- _ Soage, A., “La escuela de Essex en su contexto teórico” en *CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación* (clac) N° 25, pp45-61, Universidad Complutense de Madrid, 2006. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1976099>
- _ Tovillas, P., *Bourdieu. Una introducción*, Buenos Aires, Quadrata, 2010.
- _ Žižek, S., “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!”, en Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S., *Contingencia, hegemonía y universalidad*, Buenos Aires, FCE, 2011.